



Ecos de la semana.

El hombre propone, y Dios dispone, dice un antiguo adagio castellano; y tén-gase en cuenta que no siempre lo dispuesto por Dios está conforme con lo propuesto por el hombre, de lo cual yo deduzco que éste no sabe las más de las veces lo que se le hace, que es, como si dijésemos, lo que se pesca.

Digote esto, lector, propósito del ofrecimiento que te hice el domingo de Carnaval de hablarte en el siguiente de lo que, respecto al hombre, hubiese aprendido durante esos alegres y bulliciosos días en que el individuo, y aun la *Andriada*, se tapa la cara para enseñar el corazón, bien al contrario de lo que acontece durante todo el año; pero es el caso que un pícaro catarro obligóme á guardar cama durante cuatro días, entre ellos el domingo último, y de ahí que no me fuese posible cumplir mi palabra; y por cierto que lo siento, pues tenía que comunicarte muchas cosas; pero refiriéndose éstas á Carnaval, habrían de parecerse trasechadas.

Quédense, pues, para el año que viene... Pero, no: que esto me huele á ofrecimiento, y no quiero ofrecer nada ni á un largo plazo, no sea que nuevamente me constipe.

Dicen que el Sr. Cánovas del Castillo ha caído del poder...

Dicen que la crisis que ha ocasionado esa caída (?) ha durado cuatro días...

Dicen que... ¡ejem! ¡ejem!... ¡Pícaro catarro! ¡ejem! ¡ejem! ¡ejem! ¡ejem!...

Ya lo ves, lector; me proponía decirte algo de política palpitante, pero la tos me lo impide.

Por algo comencé yo estos *Ecos* recordándote que «el hombre propone y Dios dispone».

—A ver, mozo... mozo... Llégueme usted por una caja de pastillas de Belmez.

Ya ves, lector, que me cuida; pero estoy ya harto de pótiques, y si ese específico no me alivia, no me queda otro recurso que echarme en brazos de Dios, porque bien sé que si la tos llega á hacerse crónica, es enfermedad tan mortal de necesidad como una *melentitis aguda*.

¡Ejem!... ¡ejem!... Nada; no hay más remedio, habré de guardar cama otra vez... Eso no, aunque me muera no he de quedarme en la cama... ¡Buena fuera que volviese á soñar lo que soñé los otros días!...

¿No sabes, lector, lo que soñé? Pues soñé... ¡ejem!... ¡ejem!... Lo malo es que ya ves cómo estoy de voz, y necesito cantar para darte cuenta exacta de mi sueño...

Soñé que una gentil y hermosísima matrona, á quien yo amo con toda mi alma, se me acercó de improviso, y despues de restregarse los ojos con su manto, no sé si para enjugarse las lágrimas ó para aclarar su vista, pues acaso despertaba de largo y profundo sueño, pero lo cierto es que la oí cantar con dulcisima y melancólica voz lo siguiente:

«Soñé anoche que soñaba, porque mi desdicha es tal, que cuando sueño veátras, hasta es sueño mi soñar.»

Calló la voz, cuyo purísimo acento aun resuena en mi oído, y acariciando la gentil matrona á un hermoso león que la acompañaba, y á todas partes como un falderillo la seguía, fuése melancólica y pensativa, sin manifestarme la causa de sus penas ni decirme siquiera dónde había aprendido ese cantarillo que, por ser mio y no haberlo yo publicado hasta ahora, me extrané sobremedera oír de su boca.

Hé ahí, lector, cómo yo, ronco y todo, he hallado medio de poner en tu conocimiento que suelo tener á veces mis puntitas de poeta,—con perdón de la clase sea dicho,—y que si el catarro se me cura, oírás maravillas de este; por más de un concepto, abatido vate, que si á sí propio se *alaba*, es no más que por *evitar ese trabajo á sus amigos*, como ahora se *estila*.

Y basta de quisicosos, y basta de sueños, pues

«Los sueños, sueños son, como dijo Calderón.»

Anoche se verificó en el teatro Real el beneficio de la señorita Borghi-Mamo, poniéndose en escena al efecto un acto de

Lucrezia Borgia, otro de *L'Africana* y otro de *Otello*, cantando ademas la beneficiada una *malaquena*; pero ¡buena tengo yo ahora la garganta para cantarlos!... Conténtate, lector, con saber que el teatro estaba completamente lleno, que las obras se cantaron muy bien, sobresaliendo especialmente la beneficiada y el Sr. Gayarre.

La lectura verificada el juéves último en el teatro Español consistió en una hermosa composición del Sr. Sanchez de Castro, titulada *Cántico al hombre*.

El distinguido autor de *Theodis* y de *Hernandis* ha logrado un nuevo triunfo con su gallardo *Cántico*, poema lleno de inspiración, que el Sr. Calvo leyó admirablemente, obteniendo autor y actor una gran ovación.

En la semana que hoy termina nada más ha ocurrido en los teatros de la corte, que de contar sea.

WERTER.

El que se acuesta tarde...

No hay título que más amen ciertos individuos que el de calaveras; esto para ellos tiene una significación grandiosa; ser calavera es salir del vulgo de los seres humanos; es llegar á adornarse de cierta aureola que admira á las mujeres, y pasme á los hombres que tienen el detestable gusto de no hacer calaveradas.

La mayor parte de los calaveras son seres inofensivos, especialmente los que ponen gran empeño en aparecerlo, y entre sus hazañas hay una que es muy común, una que debe servir á manera de prueba para armarse calavera en la villa y corte de Madrid: la de acostarse tarde.

Hay seres que se considerarían deshonrados si se metieran en la cama á la una de la noche. Lo calaveresco, lo interesante, es no acostarse hasta que salga el sol, hasta que por lo menos se dirija un saludo á las burras de leche, hasta que empiece á levantarse la gente pobre, que tiene que trabajar para ganar el sustento.

La noche se reparte perfectamente al efecto, y sobre todo con mucha utilidad.

Desde el anochecer hasta las nueve, en el café.

Desde esta hora hasta las diez, en el teatro.

Despues vuelta al café. Y cuando éste se cierre, á la buñolería ó á la Puerta del Sol, á hacer compañía á los agentes de orden público y á los modestos empleados municipales que tienen la misión de poner la calle limpia para cuando se levanten los habitantes de la corte.

Esto es muy divertido, y sobre todo, un sér asi es sumamente necesario para la sociedad, porque no hay necesidad de observar que quien vive de este modo no puede trabajar en nada, ni prestar más servicios que el de dar animación á la corte á las altas horas de la noche.

En las grandes capitales de Europa este tipo es desconocido; el que vela lo hace por obligación, y á nadie más que á los españoles les ha ocurrido que puede ser diversion el no dormir por la noche.

¿Pero y el placer de contar despues las aventuras que ocurren á cuantos manifiestan tan buenas disposiciones para desempeñar el oficio de serenos?

Sobre esto se podría escribir un libro; un libro tonto, es verdad, pero de tantas páginas como se quisiera, porque la materia es inagotable, y en oyendo á dos ó tres de esos hombres nocturnos, hay asunto para llenar más tomos que tienen la Historia de España de Lafuente y la Natural de Buffon.

Todas esas calaveradas pertenecen a un mismo orden; todas se reducen á encuentros de hombres embriagados ó de mujeres descaídas que dan lugar á diálogos nada edificantes; todas se reducen á cuatro gritos dados en alguna calle pública, hasta que la autoridad ha impuesto silencio; todas se reducen á soberbias tonterías de que no se atrevería uno á juzgar capaz á cualquier persona de sentido común.

Pero esto es que los interesados, se divierten, y se divierten mucho. ¡Pero qué placer mayor consiste en que al día siguiente les diga la patrona de la casa de huéspedes en que habitan:

—¡Bien se corrió anoche!

—Si,—contesta el calavera con aire indiferente al parecer.

—Lo menos eran las cuatro cuando se recogió usted.

—Y tambien las seis.

—¿Si? (Con curiosidad.)

—Si, señora; nos juntamos unos cuantos amigos y nos fuimos por ahí de parranda. ¡Si viera usted cuánto nos divertimos! Primero estuvimos en el café Imperial hasta las dos convidando á unas chicas, y allí rompimos cuatro copas y dos vasos, que tuvimos que pagar, por supuesto. Luégo le pegamos al mozo, porque se empeñaba en cobrarnos mucho más de lo justo, y desde allí nos fuimos á una taberna de la calle de Sevilla á comer judías. A la mitad de la cena nos pusimos á tirarnos judías unos á otros, y nos pusimos hechos unos Ecce-homos, hasta que uno, que tiene mucha gracia, apagó el gas y nos quedamos á oscuras. Entonces el tabernero entró con un palo, y comenzó á pegar cada estacazo, que temblaba el ministerio; á mí me alcanzaron dos ó tres. Luégo nos llevaron á la prevención, y allí estuvimos detenídos hasta las cuatro de la mañana, que nos soltaron mediante el pago de una multa por escándalo, y para que se nos pasara el susto nos fuimos á la buñolería.

Ese amigo tan gracioso de que ya he hablado á usted, el que apagó el gas, cogió mi sombrero de copa y lo metió en la caldera de aceite hirviendo, dispuesta para hacer los buñuelos. ¡Qué algazara se armó entonces! El buñolero nos echó á la calle, y como ya eran cerca de las siete, nos fuimos cada uno á nuestra casa... ¡Caramba!... No pienso divertirme más en la vida.

—¿Pero qué calaveras son los hombres. —dice la patrona picarescamente cuando acaba este interesante relato:

—¿Qué quiere usted,—replica modestamente el héroe,—¿para qué está uno en el mundo? Si no divierte, eso se pierde.

Por lo dicho, resulta que hay seres racionales á quienes recoja ir á la prevención, que tienen por goce inefable el ver nadar un sombrero en una caldera de aceite, y que recibir un palo en una taberna á las dos de la madrugada constituye una especie de honor de que no son dignos todos los mortales, sino aquellos escogidos por la Providencia para dispensarles semejantes favores.

Hay que distinguir, sin embargo, entre los que se acuestan tarde.

Unos lo hacen para acrecentar la fama de su nombre; pero hay otros que viven de noche, porque de día es imposible que pongan el pié en la calle.

En Madrid hay algunos individuos que tienen que tomar más precauciones para atravesar la corte de día, que un general para lanzar sus fuerzas en campo enemigo.

Recuerdo uno que tenía que ir un día desde la Puerta del Sol hasta la Cibeles, y le sorprendió con el plano de Madrid en la mano, entregado á un verdadero estudio, y revelando grandes aptitudes para el desempeño del cargo de jefe de Estado mayor en numeroso ejército.

En un papel aparte tenía las siguientes notas:

«Calle de Alcalá, obstruida por varios mozos de café á quienes debo dinero.»

«La Carrera de San Jerónimo, obstruida por mi sastre.»

«Calle de Carretas, obstruida por el zapatero.»

«Calle de la Montera, transitable.»

«Calle del Caballero de Gracia, imposible por el fondista.»

«Calle de Hortaleza, obstruida por un usurero.»

Para no molestar más, diré que el itinerario que al fin resultó posible para ir á la Cibeles fué el siguiente:

Calle del Arenal, plaza de Oriente, calle de San Marcial, bajada de San Vicente, por la ronda hasta la estación del Mediodía, barrio del Pacifico, carretera de Aragón y calle de Alcalá.

Se comprende muy bien que quien se ve obligado á tomar con tanto recodo la jugada, prefiera dejar el teco mientras hay sol en el horizonte, y salga á la calle cuando todas las aves nocturnas se hayan lanzado al mundo, y las aves de corral, como, por ejemplo, los usureros, se hayan recogido á dormir.

De éstos hay muchos en Madrid, tantos por lo menos como calaveras, y enmedio

de todo hay que hacerles justicia, ó por lo menos tenerles lástima.

Tambien es preciso no confundir á nuestro tipo con aquellos á quienes su profesión les obliga á trabajar de noche; para éstos es un martirio lo que constituye la diversion de los primeros.

La palabra del fin, como diría un traductor de folletines franceses.

Cansado un comerciante de que uno de estos calaveras de la noche le pidiese continuamente dinero para comer, le dijo un día:

—Me he compadecido de su estado, y voy á emplearle: desde mañana gana usted un duro en mi establecimiento.

—¡Oh, gracias!; ¿y qué tengo que hacer?

—Absolutamente nada; venir á las nueve y estar hasta las cinco vigilando á mis dependientes.

—¿Pues lo siento, pero no puedo aceptar.

—¿Cómo!

—Yo no puedo levantarme hasta las cinco de la tarde; con ese empleo voy á perder la noche.

E. SANCHEZ PASTOR.

La Cuaresma y el Ayuno COMO PRESCRIPCION HIGIÉNICA.

La abstención de ciertos alimentos y el uso de otros que la Cuaresma nos impone, es un precepto higiénico de la mayor importancia, y bajo este punto de vista vamos á considerarlo, á fin de que, aun los más despreocupados en materia religiosa, no vean en él sólo una práctica de ridicula austeridad, sino una institución profundamente trascendental, necesaria y útil á la salud del cuerpo, y por ampliación á la moral pública y al bienestar de la inmensa colectividad humana.

La historia, ese arsenal inagotable de testimonio, y la higiene, ese ramo de la ciencia protectora de la vida, nos suministran sobrado caudal de pruebas para nuestro aserto.

Los ayunos se encuentran prescritos en todos los tiempos y en todas las religiones, por todos los legisladores de la antigüedad y por todos los jefes de sectas religiosas, así en los pueblos bárbaros como en los civilizados, tanto en los libros de los Vedas como en el Antiguo Testamento y en los versículos del Koran.

La primitiva Iglesia brahámica registra el ayuno entre sus fiestas y sacramentos. El oráculo de Cristina, según el *Vichni Purana*, prohibia comer arroz el día del *Yacadasay*, en que se celebraba la reedificación del hombre. El ayuno se extendía á los días anterior y posterior al *Yacadasay*, en los que sólo se tomaba una vez al día, y muy deprimida, una escasa porción de arroz con manteca muy clarificada y sin sal.

La ley de Moisés, aquel sabio legislador del pueblo hebreo, vedaba la carne de cerdo al llegar la estación primavera, época en que los líquidos de nuestra economía entran en cierto estado de turgescencia; y á merced de tan pródiga medida, de las frecuentes abluciones y de otras medidas no menos higiénicas, pudieron los hijos de Israel soportar los rigores del clima al recorrer el desierto y atravesar las arenas enjutas del mar Rojo en busca de la tierra de promisión.

Todas las legislaciones religiosas antiguas prohiben el uso del vino ántes de las grandes festividades, é imponen la obligación de ayunos más ó menos exigentes. Algunos pueblos del Oriente indico y los sectarios del pitagorismo, observaron en esto escrupuloso rigor. Sabían en efecto que, libre la sangre del hervor que en ella provocan las bebidas fermentadas, y exento el organismo todo de la embarazosa pesadez que en él determina una superabundante y nutritiva alimentación, las funciones vitales se efectuaban con más fácil regularidad y sin riesgo de fiebres ni otras enfermedades; la inteligencia no era molestanda por esa soporifera turbación que entorpece el ejercicio de sus facultades, y el espíritu podía abismarse en las más profundas y ascéticas meditaciones, á la vez que los afectos del alma se hacían más expansivos, las pasiones más dulces y moderadas, y los hombres, en fin, se hallaban en disposición de amarse los unos á los otros, de perdonarse mutuamente las injurias, de acercarse á los altares limpios y purificados en materia y

en espíritu, y de entregarse despues á las diversiones poseídas de la más cándida alegría en el alma y de la más saludable templanza en el cuerpo.

Hay además otra valiosa prueba del talento y prevision de aquellos que establecieron la abstención de carnes en los comienzos de la Primavera. Nadie ignora que al iniciarse esa hermosa estación del año, la naturaleza sacude el pesado letargo del Invierno, y por todas partes se percibe un fecundo despertamiento de vida, de amor, de movimiento universal, provocado por el influjo del equinoccio. Los animales entran entonces en celo, los sexos opuestos se reúnen, y comienza la gestación de las especies que han de servirnos de alimento. No suspender en estas circunstancias su caza y su consumo, sería decretar el exterminio de sus crías y oponerse á la propagación de las razas.

Al traernos el mes de Marzo, en que coincide la Cuaresma, las primicias de la dulce y florida Primavera, los deliciosos panoramas que recrean nuestra vista y nuestro ánimo, y el templado ambiente henchido de luz, de electricidad y de oxígeno que nos rodea, filtran en todo nuestro sér un gozoso bienestar, que así desmenuelve en nuestro corazón las pasiones más elevadas y vehementes, como llama, por decirlo así, la vida al exterior de nuestro organismo, ejerciendo una benigna influencia en la salud. La actividad vital se halla, pues, atenuada en los órganos y aparatos más íntimos, y esto indica que la Naturaleza reclama en esta época cierto reposo y tenuidad, cierta amonación de energía en las funciones que aquellos órganos desempeñan, y muy particularmente en la digestiva y circulatoria.

Ahora bien, contrariar las indicaciones y propensiones de la Naturaleza, es generalmente pernicioso, como es arriesgado recargar en esta época el estómago de alimentos muy nutritivos y abundantes, que den lugar á largas y laboriosas digestiones, y en último término, á una nutrición excesiva, á una pródiga y exuberante elaboración de vida.

Las carnes de los mamíferos y las aves son las más ricas en principios nutritivos; nada, por lo tanto, más natural, entre lo arriba expuesto, que abstenernos de su uso en este tiempo.

Las carnes, por el contrario, de los peces, anfibios y moluscos, sir ser de peor condición que las de aquellos, tienen sobre ellas la ventaja de no excitar efervescencias en los líquidos ni crispaturas en los sólidos del organismo, sometándose más fácilmente á la cocción, y proporcionando un alimento suave, blando y sustancioso que aumenta la flexibilidad de los tejidos, la fluidez de la sangre. Por otra parte, siendo los pescados muy fecundos, no hay temor de que se agoten las especies, y no habiéndose observado generalmente en ellos epidemias ni contagios, tampoco lo hay de que, como la carne de los brutos, puedan á veces infestar nuestros cuerpos de humores pútridos que acarreen vértigos, fiebres, erupciones y otros padecimientos. Por eso Hipócrates recomendaba los pescados como alimento utilísimo en todas las fiebres, y por eso Cardano anatematizaba á los médicos que no lo prescriben en tales casos.

La leche, las legumbres y hortalizas constituyen otros de los alimentos prescritos para la Cuaresma por los ritos religiosos; de acuerdo con las conveniencias higiénicas. Las leches se digieren bien, excitan poco, obran como sedantes del sistema nervioso, y únicamente aumentan y aceleran la secreción de la orina. Del mismo modo las legumbres y hortalizas, por la gran porción de mucílago que contienen; son de fácil digestión, y poco nutritivas; así es que aumentan el suero y disminuyen la fibrina de la sangre, y moderan la energética actividad de todas las funciones vitales, calmándose á su influjo las pasiones y templándose las sobreexcitaciones de los órganos generadores.

La abstención de las viglias y el uso de las *edulcoraciones* son, pues, prácticas eminentemente higiénicas; puesto que facilitan las secreciones y excreciones, desembarazan las vías digestivas y los conductos obstruidos, fluidifican la sangre y disipan ese abatimiento y soñolencia que abruma al cerebro cuando hay demasiada plenitud estomacal.

Desde Hipócrates acá, todas las eminencias médicas han proclamado la sobriedad alimenticia como preservativo seguro de muchas enfermedades...

El estudio de la salud, según Galeno, consiste en no hartarse jamás de alimentos; y una abstención prudente, precaviendo las crudezas del estómago...

El eminente Celso pregona extraordinariamente la moderación en los alimentos en muchas enfermedades.

Un sabio y malogrado higienista moderno cita el caso del veneciano Luis Cornaro, quien, no comiendo diariamente más que 12 onzas de sólidos y 14 de líquidos, alcanzó una longevidad de 95 años.

Finalmente, es de observar que el ayuno es más tolerable para los ancianos que para los jóvenes, para las mujeres que para los hombres, para los de vida reposada que para los que se ocupan en trabajos activos.

Restáanos consignar, para concluir estas ligeras consideraciones sobre la Cuaresma, que la higiene, más tolerante que la Iglesia, no otorga bulas ni prerrogativas que eximan a nadie de la abstención cuaresmal...

Creemos suficiente lo expuesto para demostrar los provechosos resultados que de la abstención cuaresmal se han obtenido y se obtendrán siempre en pro de la salubridad pública que tanto influye en la moralidad y ventura de los pueblos...

EDUARDO PASQUINI Y CUELLAR

Revista de modas.

En los días de Carnaval, nada se ha dicho de bailes de distracción. En cambio los bailes de sociedad abundaron muchísimo...

Las jóvenes asistieron a estos bailes elegantes vestidos de blanco. Esto es, como si dijéramos, la regla común; pero no por eso dejó de verse igualmente el color de rosa y el azul muy claro.

El delantero de raso forma oleadas. Suepro-casaca de forma muy nueva, abrochada por detrás; de los lados bajan unas puntas dobles que encierran las cadenas...

Otro vestido también de raso negro y azul, con el uso del vino ó del agua cocida con canela, sin olvidar en ningún caso el temperamento de cada individuo...

El guante largo blanco ó negro, bordado, ha hecho su aparición este invierno con cierto éxito. El lujo del guante es siempre muy apreciado.

Se habla ya mucho, naturalmente, de las modas de Primavera; y sin embargo, apenas han llegado a París las telas de novedad que nos preparan los fabricantes...

En cuanto a las formas de las modas de Primavera, no parece que deban cambiar mucho; el vestido largo y el corto se harán igualmente según el uso a que se destinan...

un precioso bordado de arabescos de felpilla negra que se destaca sobre azabaches multicolores, rubí, oro y esmeralda. El mismo bordado se repite en pechera sobre el cuerpo de punta; en el bajo del delantal grueso ramillete de cabeza de adormidera color de fuego...

A todo esto debemos decir que los vestidos Luis XV se llevan los honores, lo mismo en los bailes que en las soirées. La drapería ahuecador también está muy en boga; pero ha de ser discreta sin exageración...

El estilo Pompadour se presta perfectamente a esta moda. Con el raso, el terciopelo rayado y la gasa muy clara, bien armonizadas estas diferentes telas...

Una noche, fatigado por las duras faenas del día, se acostó en un miserable lecho, y comenzó a cerrar los ojos al sueño, cuando oyó que llamaban a la puerta.

Levantóse, abrió, y a pesar de la oscuridad de la noche, notó que la persona que había turbado su sueño era un niño.

—¿Quién eres y qué deseas?—preguntó Pasino, restregándose los soñolientos ojos.

—Soy Antonio, respondió el niño con timidez.

—¿Antonio?—dijo el anciano penetrando en la cabecera y encendiendo luz.

—¿Por qué has abandonado a tu madre?—preguntó Pasino, mirando al niño con curiosidad.

—No he podido permanecer más tiempo en casa de mi madre, dijo el niño; otro hombre se ha hecho dueño de ella...

—¿Vaya una casa!—interrumpió el anciano. Cuatro estacas clavadas en tierra, con paredes de barro y paja...

—¿Los Falleri?—preguntó Pasino, mirando al niño con curiosidad.

—Sí, pero continúa.

—¿Por qué has abandonado a tu madre?—preguntó Pasino, mirando al niño con curiosidad.

—¿Y bien, le dijo tirándole cariñosamente de la oreja, ¿serías tú capaz de hacerlo?—preguntó Pasino, mirando al niño con curiosidad.

—¿Cómo que no!—replicó el duque sonriendo; porque como el lector habrá notado, era muy bondadoso.

El banquete fué espléndido, como todos los que celebraba desde tiempo inmemorial la opulenta familia de los Falleri.

co follaje pulverizado de rocío Brillantino. Guante largo gris claro, rosado ó paja con cuatro ó seis botones, y encima una colección de brazaletes; zapato con presillas, media adecuada al color dominante de las flores del cuerpo, y barredera alrededor en la falda...

El artista repostero.

No lejos del suntuoso palacio de la familia de los Falleri, en los Estados de Venecia (Posagno), había una pobre cabaña, perteneciente al anciano y laborioso maestro de obras Pasino.

Una noche, fatigado por las duras faenas del día, se acostó en un miserable lecho, y comenzó a cerrar los ojos al sueño, cuando oyó que llamaban a la puerta.

Levantóse, abrió, y a pesar de la oscuridad de la noche, notó que la persona que había turbado su sueño era un niño.

—¿Quién eres y qué deseas?—preguntó Pasino, restregándose los soñolientos ojos.

—Soy Antonio, respondió el niño con timidez.

—¿Antonio?—dijo el anciano penetrando en la cabecera y encendiendo luz.

—¿Por qué has abandonado a tu madre?—preguntó Pasino, mirando al niño con curiosidad.

—No he podido permanecer más tiempo en casa de mi madre, dijo el niño; otro hombre se ha hecho dueño de ella...

—¿Vaya una casa!—interrumpió el anciano. Cuatro estacas clavadas en tierra, con paredes de barro y paja...

—¿Los Falleri?—preguntó Pasino, mirando al niño con curiosidad.

—Sí, pero continúa.

—¿Por qué has abandonado a tu madre?—preguntó Pasino, mirando al niño con curiosidad.

—¿Y bien, le dijo tirándole cariñosamente de la oreja, ¿serías tú capaz de hacerlo?—preguntó Pasino, mirando al niño con curiosidad.

—¿Cómo que no!—replicó el duque sonriendo; porque como el lector habrá notado, era muy bondadoso.

Pero en vano deseaba el laborioso anciano que su nieto aprendiese su oficio, y mucho menos que le ayudase en su trabajo.

Antonio se ocupaba en modelar figuras con barro, y las destruía en cuanto notaba que Pasino volvía la cabeza para mirarle.

Hubo, sin embargo, un momento en que le sorprendió en su afanosa tarea.

—¿Qué estás haciendo?—preguntó severamente.

—¡Ya lo veis! Una Virgen María con el Niño Jesús.

—Pues mira, te advierto que como continúes de ese modo, no harás en tu vida cosa de provecho.

Llegó el día de Santa Cecilia, y en el palacio de los Falleri debía solemnizarse este día con un óparo banquete.

Antonio se deslizó entre los marmitones y los cocineros del palacio, y contemplaba con admiración a los elegantes personajes que llenaban los salones y galerías...

Poco antes de que sirviesen los manjares, el mayordomo de la casa exclamó, dándole un golpe en la frente:

—¿Dios mío! Estoy perdido... deshonrado, ¡voto á San Pietro, mi patrón! ¿Qué va a decirse de la ilustrada familia de los Falleri? ¡Y todo por mi culpa!

En aquel momento penetró en la estancia del ilustrado jefe de la ilustrada familia de los Falleri.

—¿Qué sucede?—preguntó el duque, al oír las frases del azorado mayordomo.

—Ah, señor!—murmuró éste.—He cometido una falta irreparable.

El duque dirigió una mirada investigadora a los domésticos que rodeaban al mayordomo, y particularmente á Antonio, procurando que le explicasen el motivo de tan violenta desesperación.

—¿Me explicarás al fin—exclamó el duque dirigiéndose á su mayordomo—por qué mi honor se encuentra gravemente comprometido por tu causa?

—Porque el banquete que he dispuesto, y que, dicho sea en honor de la verdad, es digno de un dux de Venecia, va á ser incompleto, á causa de un olvido involuntario...

Así es que los convidados no podían menos de fijar una ansiosa mirada en cada uno de los platos que colocaban sobre la mesa.

La impaciencia llegó á hacerse general. Por fin apareció en el salón el mayordomo, llevando un objeto de colosal tamaño cubierto con una servilleta adamascada, y lo puso sobre la mesa.

El duque descubrió el plato, y todos lanzaron un grito de admiración.

Aquel objeto era un soberbio bizecho, que tenía la figura de un león perfectamente modelado.

—¡Bravísimo! ¡Bravísimo!—exclamaron los convidados en coro.—¿Dónde está el repostero que ha fabricado esta maravilla?

—¿Dónde está el artista? repetía el duque, verdaderamente sorprendido.

Poco después vio aparecer ante sus ojos la figura del ingenioso adolescente, cuyos ojos brillaban con el fuego de la inteligencia.

El duque era muy aficionado á las artes, y sobre todo muy observador para ver en aquella obra de un niño los indicios de una imaginación privilegiada.

Aquel mismo año le llevó consigo á Venecia, poniéndole bajo la dirección de los más ilustres profesores.

Cuatro años después el joven protegido por el duque partió á Roma con cartas de recomendación para la mayor parte de las notabilidades y eminencias de la capital del mundo cristiano.

—¿Cómo van... quien lo ignora? fué uno de los escultores más distinguidos de su época.

El arte le proclamó como uno de sus más dignos intérpretes, y su nombre es saludado con admiración y respeto.

A ese episodio de la infancia de Antonio Cánova conviene añadir uno de sus más preciosos títulos de gloria.

Cuando la Francia perdió la batalla de Waterloo, los Estados europeos reclamaron las riquezas artísticas que se habían apropiado los conquistadores.

Cánova, por orden expresa del Papa, llegó á París con objeto de reivindicar las curiosidades de arte que pertenecían á la ciudad de Roma, y fué tal el celo que desplegó en la comisión que le confiaron, que el Papa inscribió el nombre de Cánova en el libro de oro del Capitolio.

El gran artista nació en una humilde cabaña, y su primera obra de arte fué un bizecho.

Variedades.

LA INDUSTRIA EN CHINA.

Leámos en un periódico extranjero que el gobierno chino ha hecho comprar máquinas para montar la industria de hilados y tejidos de algodón en todo su mayor perfeccionamiento.

Como se ve, hasta el gobierno chino nos está dando lecciones de economía política. Los chinos se sonrojan de esas dependencias de mercados extranjeros en su consumo, y nosotros no solamente no nos sonrojamos, sino que, por el contrario, consideramos perfectamente económico que nuestro mercado esté invadido de manufacturas extranjeras.

Sin duda las bendiciones antes de las doctrinas librecambistas no han llegado todavía al gran imperio oriental, ó quizás algún travieso mandarín proteccionista, conocedor de la historia económica de las naciones europeas y la de los Estados Unidos, les haya convencido de que debían imitar el ejemplo de los pueblos productores, y no de los consumidores.

El Petit Mercantile refiere en los siguientes términos un caso singular de mendicidad.

«A la salida de una de las últimas vistas del tribunal de Marsella, un individuo se acercó á uno de los magistrados que habían actuado en la sala.»

«Yo estaba presente,—le dijo,—y he tenido ocasión de ver condenar á muchos por mendigos. No quisiera imitarles, porque la mendicidad es un delito; no obstante, cuando un hombre honrado se halla momentáneamente en la miseria, ¿qué partido debe tomar? ¿No es natural que procure obtener un socorro? Eso es lo que yo solicito, señor magistrado, á fin de no exponerme á los rigores de la ley que aplicáis.»

El magistrado le escuchó atentamente, y le contestó sonriendo.

«La justicia tiene sus necesarias exigencias. Pero al descender de su sitial, el magistrado deja de ser el representante de la ley; su mano entonces no hierre, y el solicitante se alejó visiblemente satisfecho del resultado de aquella entrevista, que fué acompañada de una generosa y abundante limosna.»